

Rolaine Hochstein

una cuentista de muchos quilates

Juan Fernando Merino



La autora con su esposo Mort Hochstein

La escritora neoyorquina Rolaine Hochstein es sin duda una de las más talentosas y refinadas cuentistas en el panorama de la literatura norteamericana actual. Lo atestiguan unos cuarenta excelentes relatos publicados en las revistas literarias más prestigiosas del país, su inclusión en antologías del género y la selección de uno de ellos para el premio de narrativa Pushcart Prize y de otros dos en la recopilación anual O. Henry Prize.

No quiere esto decir que Rollie, como también es conocida, se haya limitado exclusivamente a este género. En absoluto. Además de dos novelas, *Stepping Out* (impresa por la editorial Norton) y *Table 47* (editada por Doubleday), ha publicado infinidad de crónicas de viaje, textos humorísticos, perfiles de personajes famosos y artículos sobre temas de la mujer que han aparecido en revistas tales como *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan*, *Parents*, *Ms.* y *Glamour*; entre muchas otras cosas... pero, como ella misma ha dicho en público, sus relatos constituyen su trabajo más importante.

Y tiene toda la razón. Quien comience a leer sus relatos, muy pronto se dará cuenta de que cada uno de ellos es una gema de muchos quilates.

Nacida en la ciudad de Yonkers, del vecino condado de Westchester —a sólo tres kilómetros de Nueva York— y residente desde hace nueve años en los alrededores de Astor Place en Manhattan, Rollie vivió durante más de cuatro décadas en un suburbio de Nueva Jersey mientras sus hijos crecían, se educaban, se marchaban de casa y le daban los primeros nietos... Por supuesto, sin dejar jamás de escribir, e incluso sacando tiempo para volver a la universidad a realizar una maestría en Bellas Artes con énfasis en Escritura, cuando ya pasaba los cuarenta.

Hoy en día, pasados con creces los setenta, plena de creatividad y con vigor intelectual radiante, Rolaine Hochstein se encuentra en uno de los mejores momentos de su carrera: en los últimos años ha publicado relatos en revistas literarias del calibre de *Antioch Review*, *Confrontation* y *Prairie Schooner*. Y hace muy poco, en mitad de esta primavera, recibió la noticia de que su cuento “A virtuous woman” había recibido el primer premio en el concurso anual de ficción breve convocado por Glimmer Train.

Lectora insaciable, asistente habitual a obras de teatro, musicales, conciertos y recitales, Rollie parece encontrar tiempo para casi todo... Excepto si significa prescindir de las numerosas horas semanales que le dedica a la escritura. Para asegurarse de que así sea, asiste con frecuencia al “Writer’s Room” (el cuarto de los escritores), una curiosa organización con sede en plena avenida Broadway, donde los escritores afiliados van a... escribir por supuesto. Pero sin que nadie los interrumpa, sin celulares ni teléfonos fijos, sin timbres, entregas a domicilio, hijos menores ni padres mayores, sin perros, gatos ni consortes... Sólo se dirigen la palabra unos a otros mientras preparan el café o el té en el estrecho cuarto designado para ello. A veces ni eso. Porque allí se va única y exclusivamente a escribir.

Una tarde de martes nos encontramos con Rollie a la salida del Writer’s Room y la acompañamos hasta su apartamento, en frente de la iglesia Grace, a un costado de Broadway y a sólo tres calles de su “oficina de escritura”. Allí, mientras compartimos un pescado gefilte y unas galletas Matza (dos días atrás había terminado la Pascua judía), Rollie empezó a hacer memoria sobre sus comienzos en la escritura y su recorrido por el campo de las letras.

—Una vida en buena parte dedicada a la literatura... ¿Pero en qué momento decidió Rollie convertirse en escritora?

—Uno no decide convertirse en escritor. Uno es escritor o no lo es. En el momento en que alguien se pregunta si debería ser escritor o no, la respuesta ya está dada: no lo es. Tan pronto como aprendí a leer en la escuela, ya quería escribir. Creo que lo primero que escribí fue un poema, a los seis años... todavía lo recuerdo. Sobre las papas, las alverjas, las zanahorias y otras cosas saludables de comer, y las golosinas y otras cosas menos saludables pero deliciosas. El hecho es que tenía rima y ritmo.

—¿Y el siguiente paso?

—Más que otros pasos es una continuidad. Siempre fui escritora. Escribir es algo que siempre hice bien y, entonces, por supuesto seguí haciéndolo. Por ejemplo, era la encargada de escribir las obras de teatro que se representaban al final del curso. No era muy

buenas en la escuela, pero siempre que hacía falta escribir algo, me llamaban a mí y entonces, brevemente, podía sentir que no era tan mala estudiante.

—¿Así que cuando llegó el momento de ingresar a la universidad ya sabía que tendría que ser escritora?

—Sí... Aunque ahora que lo pienso, no estoy segura de qué era lo que quería escribir. Algunas veces pensaba que quería escribir como Shakespeare y otras veces me contentaba con que me publicaran algo, cualquier cosa, fuera lo que fuera.

—Porque en su trayectoria hay publicaciones de todo tipo, desde artículos en revistas populares de circulación nacional, columnas de viaje, piezas humorísticas, relatos históricos, etc., etc...

—Sí, así es... Lo que verdaderamente ocurría, y quisiera encontrar la palabra justa, es que se acumulaba... sí, todo lo que escribía se iba sumando, acumulando, llevándome un poco más lejos. Empezaba con una cosa y luego avanzaba hacia otra. Y quería más y más, como la mujer del pescador en el cuento de los hermanos Grimm.

—¿Cómo ocurrió aquella evolución?

—Después de que terminé los cuatro años de universidad, comencé por escribir textos para anuncios publicitarios, después textos en una revista para secretarías... algo que de hecho me enseñó cómo darle forma a un artículo... Más adelante textos humorísticos. Ya estaba casada y, cuando tuve mi primer hijo, empecé a escribir piezas en el género de humor doméstico... Luego, escribí perfiles de distintos personajes y, de repente, me estaban publicando artículos de portada en revistas de circulación nacional... al principio textos humorísticos, luego sobre personajes célebres... Y entonces se me ocurrió que quería escribir algo que tuviera más trascendencia, temas relacionados con la mujer y sobre terapia familiar... Y más adelante lo que quería era escribir ficción.

—De modo que fue un largo recorrido por distintos tipos de escritura antes de llegar a la ficción...

—Repito, era una cuestión de ir sumando, acumulando... Pero es verdad; tardé en concentrarme en

la ficción. Aunque en la época de la universidad ya había publicado un relato, en una revista universitaria de humor.

—¿Y el primer relato de ficción profesional, por el cual recibió honorarios?

—Poco después de terminar la universidad. Fue publicado en la revista *Redbook*. Yo tenía ventilarcos... o treintipocos... Ya había publicado artículos y columnas en muchas otras revistas y entonces me propuse publicar un relato de ficción... y lo publiqué.

—Así que en esa época estaba combinando la escritura de textos de muchos géneros y en muchas publicaciones con las tareas de una madre de varios hijos...

—Sí, sí, así es...

—Y además los estudios de posgrado universitario...

—No... eso pasó mucho después. Ya tenía casi cuarenta años. Mis hijos ya habían crecido. Y me di cuenta de que tenía un hambre enorme de conocer muchas más cosas. Quería aprender sobre tantos otros temas. Y quería convertirme en 'una escritora seria', como yo lo llamaba. No me contentaba con haberle vendido historias a revistas populares con una gran circulación, aunque, por supuesto, resultaron ser las más lucrativas. De manera que me inscribí en Columbia University para hacer un posgrado en escritura y así poder convertirme en una escritora más seria, más respetable, y así pasó y empecé a publicar las historias más literarias... y dejé de ganar dinero... (Aquí tenemos que hacer un paréntesis para echarnos a reír largamente los dos, divertidos con la ironía y la injusticia del asunto, hasta que decidimos continuar).

Pero, por supuesto, fue una experiencia estupenda... algo que me cambió la vida... Yo vivía en los barrios de las afueras y empecé a venir a la ciudad para estudiar. Vivir en esos barrios de cierta manera me había encogido el ánimo, la creatividad; estaba aburrida de vivir allí... y de repente estaba tomando cursos en esta universidad estupenda, maravillosa, con la posibilidad de aprender tantas cosas... Una de las primeras cosas que hice fue preguntarle a la gente que llevaba más tiempo en la universidad

cuál era el mejor profesor de todos. Y fue así cómo me inscribí en un curso de historia del arte con un profesor estupendo, muy famoso, llamado Meyer Schapiro, un experto en arte que llegó a ser una gran figura intelectual de su época. Para el profesor Schapiro el arte era la vida entera... y se expandía a muchas otras cosas. Y el sólo hecho de estar en el mismo salón en que él estaba, de respirar el mismo aire, era algo fascinante.

—En muchos de sus relatos aparecen personajes históricos, gente célebre como Cezanne, Caravaggio, Alma Mahler, Turgeniev... ¿Es éste uno de sus principales resortes narrativos?

—Creo que tengo dos tipos de cuentos. Uno de ellos es el relato a partir de personajes históricos... Fue algo que empezó cuando estaba haciendo la maestría en la universidad de Columbia. Estaba tomando un curso de historia del arte y teníamos un libro de texto maravilloso, un libro enorme llamado *El impresionismo*. Varios de mis relatos salieron directamente de ese libro... Lo que leía allí encendía mi imaginación... Los relatos que escribía eran inventados, claro, pero quería que los personajes históricos aparecieran en ellos lo más vívidos, lo más vivos posible. El primero que escribí se llamaba "Emile Zola y su amigo Paul Cezanne". En el libro del impresionismo hablaban de un pequeño altercado que habían tenido los dos, y leer eso fue algo que me disparó la mente. De allí saldría mi primer relato histórico.

—Anteriormente había mencionado dos tipos de cuentos. ¿Cuál es el otro?

—Los relatos basados en las familias, creo... No exclusivamente, pero sí muchos. Tengo muchos relatos sobre madres e hijas. No basados en mi propia madre. No estoy segura de dónde viene esa voz, esa presencia. Tiene algunas de las características de mi madre pero no es ella en absoluto. No habla como mi madre, no actúa como mi madre, no hace las mismas cosas... pero algo hay. Es un personaje que aparece en varias historias.

—Por lo visto, muchos de sus relatos, sean "históricos" o "familiares", están basados en lo que podríamos llamar

"vida real", no en fábulas, ni ciencia ficción ni nada por el estilo...

—Sí, muchas de ellas están basadas en personas que he conocido muy de cerca. Aunque a veces se me olvida qué fue lo que verdaderamente sucedió y cómo ocurrieron los eventos. Porque cuando se escribe un relato, siempre pasa a ser ficción.

—¿Incluso cuando retrata personajes reales, sigue siendo ficción?

—Sí, porque un relato siempre va más allá de los personajes en los que se basa... Ahora que lo pienso, debe ser como dibujar a partir de un modelo en una clase de arte. El resultado es siempre una creación propia, no una fotografía.

—Por cierto, en una conversación anterior, había mencionado que la escritura tiene para usted mucha similitud con la pintura... El ir agregando capas, detalles...

—Así me parece. Sólo que la pintura tiene que ver más con las coloraciones. Y a mí me gustan las sombras y reflejos. Para mis relatos hago muchos bocetos. Y en ese sentido escribir es muy similar a la pintura, porque con cada boceto que hago, descubro algo más. Debe haber un punto óptimo en el cual suspender los bocetos, un punto en el que ya no se va a revelar nada más. Espero que así sea. No es fácil decidir... Edgar Degas guardaba muchas de sus pinturas durante años y años. Era incapaz de deshacerse de ellas. Les agregaba un poquito aquí, un brochazo allá... Sin terminarlas del todo. Yo siento que a veces hago algo similar con mis relatos. Como si estuviera en una búsqueda similar a la de un pintor... Sí, estoy buscando colores, y buscando la manera de incorporar la emoción que quiero que el lector sienta.

—¿Y qué nos puede decir del cuento que se incluye en esta edición, "Arte en América"?

—Creo que tiene que ver con la inevitabilidad de ser artista... cuando verdaderamente se es artista. Este relato explora ciertos elementos que impiden que la gente salga del "closet artístico". O, en el caso de la protagonista del cuento, Georgia, los elementos que van drenando sus fuerzas para seguir adelante con la naturaleza artística que lleva por dentro, que la habita. ■